

Georges Sorel

Reflexiones sobre la violencia

Prefacio de Isaiah Berlin



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Réflexions sur la violence*
Traducción: Florentino Trapero
Traducción del prefacio: María Luisa Balseiro

Primera edición: 1976

Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Brigada antidisturbios resguardada detrás de los adoquines arrojados por manifestantes (París, 11 de mayo de 1968) (*detalle*)

© ACI/Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prefacio: Sir Isaiah Berlin

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-381-2

Depósito legal: M. 7.061-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prefacio, de Isaiah Berlin
- Reflexiones sobre la violencia
- 75 Introducción. Carta a Daniel Halévy
- 118 Nota preliminar a la primera edición
- 127 1. Lucha de clases y violencia
- 149 2. La decadencia burguesa y la violencia
- 176 3. Los prejuicios contra la violencia
- 203 4. La huelga proletaria
- 245 5. La huelga general política
- 282 6. La moralidad de la violencia
- 330 7. La moral de los productores
- Apéndices
- 377 I. Unidad y multiplicidad
- 411 II. Apología de la violencia
- 415 III. En defensa de Lenin
- 427 Notas

Prefacio de Isaiah Berlin*

Sorel sigue siendo una figura anómala. Todos los demás ideólogos y profetas del siglo XIX han sido debidamente etiquetados y clasificados. Las doctrinas, influencias y personalidades de Mill, Carlyle, Comte, Darwin, Dostoievski, Wagner, Nietzsche, Marx incluso, han sido debidamente colocadas en sus respectivos anaqueles del museo de historia de las ideas. Solamente Sorel sigue sin clasificar, como lo estuviera en vida: reclamado y repudiado por las derechas tanto como por las izquierdas. ¿Fue un innovador audaz y brillante de arrolladora genialidad, como asegura su puñado de discípulos? ¿O simplemente un periodista romántico, como le llama Lichtheim? ¿Un «pesimista que pedía sangre con sus gemidos», según la expresión desdeñosa de G. D. H. Cole? ¿O, como pensaba Croce, el único

* Publicado originalmente en *The Times Literary Supplement*, núm. 3.644, 31 de diciembre de 1971.

pensador original, junto con Marx, que ha tenido el socialismo? ¿O un embarullador notorio, como le describiera duramente Lenin? No pretendo ofrecer respuesta a estos interrogantes: solamente decir algo acerca de sus ideas más importantes, y también –por emplear un vocablo muy manido– sobre la relevancia de esas ideas para nuestro tiempo.

Georges Sorel nació en Cherburgo en 1847. Su padre era un hombre de negocios poco afortunado, y la familia se vio obligada a vivir con suma austeridad. Según su primo, el historiador Albert Sorel, Georges mostró desde temprana edad un talento excepcional para las matemáticas. En 1865 inició sus estudios en la École Polytechnique de París, y cinco años más tarde ingresó como ingeniero en el Ministerio de Obras Públicas (Ponts et Chaussées). A lo largo de los veinte años siguientes fue destinado a diversas ciudades de provincias. Estaba en Córcega cuando el desastre de 1870 y 1871. En 1875 cayó enfermo en un hotel de Lyon, y cuidó de él una sirvienta llamada Marie David, una campesina muy devota y semianalfabeta de las fronteras de Saboya con la que Sorel conviviría desde entonces. En sus cartas la llama su esposa, pero no parece que llegara a casarse con ella, probablemente en consideración a los deseos de su familia, a quienes evidentemente escandalizó aquella *mésalliance*. La relación parece haber sido plenamente feliz. Él la instruyó y a su vez aprendió de ella, y después de su muerte, en 1898, siguió llevando una medalla que ella le había regalado y venerando su memoria hasta el fin de sus días.

Hasta los cuarenta años, la vida de Sorel había sido la de un típico funcionario francés de segunda fila: apacible,

provinciana y oscura. En 1889 se publicó su primer libro. En 1892, a la edad de cuarenta y cinco años, y después de ascender a ingeniero jefe y serle concedido el rango de Chevalier de la Légion d'Honneur, se retiró súbitamente. Es en ese momento cuando comienza su vida pública. La pequeña herencia que le había dejado su madre le permitió trasladarse a París, estableciéndose en un barrio tranquilo de las afueras, Boulogne-sur-Seine, donde residiría hasta su muerte treinta años más tarde, en 1922. En 1895 empezó a colaborar en publicaciones izquierdistas, y a partir de entonces se convirtió en uno de los escritores políticos más discutidos de Francia.

Parecía carecer de postura fija. Sus críticos le acusaban a menudo de seguir un rumbo errático: legitimista en su juventud y todavía tradicionalista en 1889, ya en 1894 era marxista. En 1896 escribía sobre Vico con admiración. En 1898, influido por Croce y también por Eduard Bernstein, empezó a criticar el marxismo, cayendo por esas mismas fechas bajo el hechizo de Henri Bergson. Fue dreyfusista en 1899, y sindicalista revolucionario durante la década siguiente. En 1909 era ya enemigo acérrimo de los dreyfusistas y, en los dos o tres años siguientes, aliado de los monárquicos que publicaban *Action Française* y partidario del nacionalismo místico de Barrès. En 1912 escribía con admiración sobre el socialismo militante de Mussolini, y en 1919 con admiración aún mayor sobre Lenin, para terminar manifestando un apoyo incondicional al bolchevismo y, en los últimos años de su vida, una admiración indisoluble hacia el Duce.

¿Qué crédito se podía conceder al pensamiento de un hombre que mudaba de opinión política tan violenta

e imprevisiblemente? Pero Sorel no pretendía ser coherente. Como decía en 1903 a su fiel corresponsal el filósofo italiano Benedetto Croce, «escribo de un día para el siguiente, según la necesidad del momento». No hay en las obras de Sorel forma ni método, ni se dejaba impresionar por ellos en las de otros. Hablaba con urgencia y pasión, y, como sucede con algunos otros conversadores célebres—Diderot, Coleridge, Herzen, Bakunin—, sus escritos no pasan de ser ensayos o panfletos polémicos, episódicos, desorganizados, inacabados, fragmentarios, incisivos a veces: dictados por la ocasión inmediata, ni están pensados para encajar dentro de un cuerpo doctrinal coherente y desarrollado ni se prestan a ello. Hay, no obstante, un hilo central que conecta cuanto Sorel escribió y dijo: si no una doctrina, sí una actitud, una postura, la expresión de un temperamento singular de una concepción permanente de la vida. Sus ideas, que iban a estrellarse como un pedrisco contra todas las doctrinas e instituciones establecidas, fascinaban por igual a sus amigos y a sus adversarios, y si aún siguen haciéndolo, no es solamente por su calidad y fuerza intrínsecas, sino porque lo que en su época quedaba circunscrito en pequeñas camarillas de intelectuales ha asumido hoy proporciones mundiales. En vida se le tuvo, en el mejor de los casos, por un periodista polémico, un autodidacta de pluma contundente con algún que otro destello de penetración extraordinaria, pero demasiado rebelde y caprichoso para retener por mucho tiempo la atención de gentes serias y atareadas. El tiempo ha venido a demostrar su superioridad sobre muchos de los pensadores sociales de prestigio en su

día, a la mayoría de los cuales trató con absoluta indiferencia o desdén declarado.

2

El ideario de todo filósofo preocupado por los asuntos humanos descansa, en último término, sobre su concepción de lo que es y puede ser el hombre. Para comprender a este tipo de pensadores es más importante captar esa idea o imagen central, que puede estar implícita, pero determina su visión del mundo, que detenerse a examinar los argumentos, aun los más poderosos, que han empleado para defender sus opiniones o refutar objeciones hipotéticas o reales. A Sorel le dominaba una *idée maîtresse*: la de que el hombre es un creador que únicamente se realiza cuando crea, no cuando recibe pasivamente o se deja llevar por la corriente. Su mente no es un mecanismo u organismo de respuesta a los estímulos, analizable, descriptible y previsible por las ciencias del hombre. Para Sorel, el hombre es, antes que nada, un productor que se expresa en y a través de su obra, un innovador cuya actividad altera el material que la naturaleza le suministra, y que él aspira a transformar conforme a una imagen o esquema que concibe en su interioridad y genera espontáneamente. Es la propia actividad productiva la que engendra este esquema y lo modifica al realizarse libremente, sin obedecer ninguna ley, concebida a manera de un manantial natural de energía creadora que sólo es posible aprehender por un sentimiento interior, y nunca mediante la observación científica o el análisis lógico. Todas las demás concepciones

de lo que el hombre es o puede ser son falaces. La historia demuestra que lo que el hombre busca esencialmente no es la felicidad, ni la paz, ni el conocimiento, ni el poder sobre los otros, ni la salvación en otra vida: al menos, no son éstos sus objetivos primordiales. Cuando lo son, es porque el hombre ha degenerado de su verdadera humanidad, porque la educación, el ambiente o las circunstancias han deformado su voluntad o su carácter, o le han hecho impotente o depravado.

En su condición mejor, es decir, más humana, el hombre busca en primer lugar realizarse, individualmente y con los que le rodean, mediante una actividad espontánea, libre, creadora, mediante un trabajo que consiste en imponer su personalidad sobre un entorno recalcitrante. Sorel cita a su enemigo político Clemenceau: «Todo lo que vive, resiste», y cree en la verdad de esta proposición con su convicción más robusta. No ser sujeto paciente, sino agente, no ser elegido sino elegir, imponer forma al caos que encontramos en el mundo de la naturaleza y en el mundo del pensamiento: ése es el objetivo del arte y de la ciencia, y pertenece a la esencia del hombre en cuanto tal. El hombre resiste a todas las fuerzas que pretenden mermar su energía, despojarle de su independencia y de su dignidad, matar su voluntad, aplastar todo lo que en él pugna por una autoexpresión insustituible y reducirlo a la uniformidad, la impersonalidad, la monotonía y, en última instancia, la extinción. El hombre sólo vive plenamente en y a través de sus obras, no a través del disfrute pasivo o de la paz y seguridad que podría encontrar en el sometimiento a las presiones externas, al hábito o al convencionalismo, ni cuando renuncia a utilizar, para sus fines propios y

libremente determinados, el mecanismo de las leyes de la naturaleza a las que está inevitablemente sujeto.

Esta idea no es, por supuesto, nueva. Está en la entraña de esa magna rebelión contra el racionalismo y la ilustración, identificados particularmente con la civilización francesa, que después de la Reforma animó en Alemania a las sectas protestantes más extremistas, y que a finales del siglo XVIII adoptó la forma de una exaltación de la primacía de la voluntad humana, tanto frente a las fuerzas materiales como frente al conocimiento sereno y racional. No es éste el lugar apropiado para examinar los orígenes del Romanticismo. Pero no podríamos entender a Sorel, ni el impacto de sus opiniones, si no tuviéramos en cuenta que su fermento intelectual brotaba del convencimiento apasionado, que compartió con algunos de los primeros escritores románticos, de que la búsqueda de la paz, la felicidad o el lucro, y la preocupación por el poder, la posesión, el nivel social o una vida sin complicaciones, constituye una traición despreciable de lo que cualquier hombre que haya pensado en ello sabe que es el verdadero fin de la vida humana: el intento de hacer algo digno de su autor, el esfuerzo por ser y hacer algo y por respetar ese mismo esfuerzo en los demás. La idea de la dignidad del trabajo, del derecho al trabajo, como algo contrapuesto al mero deber paulino de trabajar, idea que es esencial en gran parte del socialismo moderno, nace de esta concepción romántica, que los pensadores alemanes, en particular Herder y Fichte, formados en un severo pietismo luterano, grabaron en la conciencia europea.

La violenta y constante repugnancia de Sorel hacia el modo de vida de la burguesía parisiense de su época, tan

feroz, a su modo, como la de Flaubert, con quien temperamentalmente muestra algunos elementos comunes, va ligada a un odio jansenista hacia esos dos males gemelos que son el hedonismo y el materialismo. El oportunismo y la corrupción de la vida política francesa en los primeros años de la Tercera República, junto con la sensación de humillación nacional que siguió a 1870, pudo ser para él una experiencia traumática, como lo fue para muchos franceses; pero probablemente no habría pensado de manera muy distinta en el París codicioso y competitivo de Luis Felipe, o en el plutócrata y entregado a los placeres del Segundo Imperio. Una angustiada sensación de ahogo en la sociedad burguesa del siglo XIX, comercializada, desenvuelta, insolente, impúdica, acomodaticia, cobarde y estúpida, llena los escritos de la época: las obras de Proudhon, Carlyle, Ibsen, Marx, Baudelaire, Nietzsche y los autores rusos más conocidos de entonces son una acusación gigantesca. Ésta es la tradición en la que Sorel se encuadra desde el principio hasta el final de su vida como escritor. La corrupción de la vida pública le parece más profunda que durante la decadencia de la Grecia clásica o los últimos tiempos del Imperio romano. La democracia parlamentaria, con su fraudulencia y su hipocresía, se le presentaba como un insulto odioso a la dignidad humana, una burla de los auténticos fines del hombre. La política democrática era una especie de enorme Bolsa donde se compraban y vendían votos sin miedo ni vergüenza, donde los hombres eran embaucados o traicionados por políticos intrigantes, banqueros despiadados, hombres de negocios sin escrúpulos, *avocasserie et écrivasserie*: todos, abogados, periodistas,

catedráticos, lanzados a la rebatiña en pos del dinero, el prestigio y el poder en un mundo de idiotas despreciables y sinvergüenzas astutos, de estafados y estafadores, viviendo a costa de los trabajadores explotados en la «ciénaga democrática» de una Europa «entontecida por el humanitarismo».

3

La tradición occidental de pensamiento sociológico venía sustentándose en dos doctrinas centrales. La primera de ellas declaraba que las causas en última instancia básicas de la miseria, la insensatez y la maldad humanas son la ignorancia y la pereza mental. La realidad, sostenían los racionalistas desde Platón hasta Comte, es una estructura única e inteligible. Solamente la comprensión y explicación de esa estructura, y el conocimiento de la naturaleza humana y el lugar que le corresponde dentro de aquélla, pueden revelar lo que puede y no puede hacerse en cada situación concreta. Una vez en posesión de los hechos y de las leyes que los rigen, el hombre, ansiando como ansía la felicidad, la armonía, la sabiduría o la virtud, no puede por menos de seguir el único camino correcto hacia su objetivo que su conocimiento le revela. Ser un ser humano racional, normal incluso, es perseguir uno o varios de los objetivos naturales de la vida humana, cuyo número es limitado. Solamente el desconocimiento de esos objetivos, o de los medios adecuados para su consecución, puede conducir a la miseria, a la maldad o al fracaso. La versión científica o naturalista de

esta doctrina es la que animó la Ilustración y las formas que adoptaría en los dos siglos siguientes, de hecho hasta nuestros días.

Sorel rechazó en bloque este planteamiento. No veía motivo alguno para pensar que el mundo fuera una armonía racional, o que la verdadera perfección del hombre dependiera de la comprensión del lugar propio que dentro de él le hubiera asignado su creador, ya fuera éste una deidad personal o una naturaleza impersonal. Influidor por Marx y por Vico, el pensador italiano semiolvidado de quien fue uno de los pocos lectores inteligentes en el siglo XIX, Sorel creía que todo cuanto el hombre posee se lo debe a su propio trabajo incansable. Ciertor que la ciencia natural era un triunfo del esfuerzo humano, pero no una transcripción o mapa de la naturaleza, como afirmaran los positivistas del siglo XVIII: sobre esto se equivocaban ellos y sus discípulos modernos. Para Sorel hay dos naturalezas: la naturaleza artificial o naturaleza de la ciencia, un sistema de entidades idealizadas –átomos, cargas eléctricas, masa, energía, etcétera–, de ficciones fabricadas a partir de ciertas uniformidades observadas, particularmente en ámbitos relativamente apartados de las preocupaciones cotidianas del hombre: así los contenidos del mundo de la astronomía, deliberadamente adaptados a un tratamiento matemático que permitiera identificar algunas de las piezas que componen el mobiliario del universo y predecirlo y, de hecho, controlarlo en algunas de sus partes. Los conceptos y categorías sobre los que se articula esta ciencia están condicionados por motivaciones humanas: ha seleccionado aquellos aspectos del universo que pudieran ser de interés para el

hombre y mostraran la suficiente regularidad para hacerlos susceptibles de generalización. Sin duda era una hazaña extraordinaria, pero una hazaña de la imaginación creadora, no una reproducción fidedigna de la estructura de la realidad, no un mapa, ni mucho menos un retrato, de lo que existe. Al margen de este conjunto de fórmulas, de las entidades imaginarias y relaciones matemáticas con que se edifica el sistema, está la naturaleza «natural», la realidad: caótica, terrorífica, integrada por fuerzas ingobernables contra las que el hombre tiene que luchar, que, en parte al menos, debe sojuzgar si quiere sobrevivir y crear; con la ayuda, desde luego, de sus ciencias; pero la simetría, la coherencia, son atributos de la primera naturaleza o naturaleza artificial, de la construcción de su intelecto, algo no dado sino hecho. De ahí que la presunción de que la realidad sea un todo armónico, una estructura racional cuya necesidad lógica se revela a la razón, un sistema maravillosamente coherente que un ser racional no podría imaginar o desear de otra manera sin dejar por ello de ser racional, y dentro del cual, por lo tanto, debe necesariamente sentirse feliz y realizado, de ahí que todo esto sea una enorme falacia. La naturaleza no es una máquina perfecta, ni un organismo exquisito, ni un sistema racional: es una jungla salvaje, y la ciencia es el arte de manejarla como mejor se pueda. Cuando hacemos extensiva esa manipulación a los hombres les degradamos y deshumanizamos, porque los hombres no son objetos, sino sujetos de acción. Si el cristianismo nos ha enseñado algo, es a ser conscientes de que lo único que en todo el universo posee un valor absoluto es el alma humana, que es lo único que actúa, que

imagina, que crea, que resiste a las fuerzas impersonales que trabajan contra ella y que, a falta de esa resistencia, nos esclavizan y acaban reduciéndonos a polvo. Ésta es la amenaza que continuamente se cierne sobre nosotros. La vida es, pues, una batalla permanente.

Negar esta verdad es caer en el optimismo superficial característico del superficial siglo XVIII, hacia el que Sorel, como Carlyle, sintió siempre un profundo desprecio. Las leyes de la naturaleza no son descripciones: son, como Sorel aprendería de William James (y quizá también de Marx), armas estratégicas. Croce le había enseñado que nuestras categorías son categorías de acción, que alteran eso que llamamos realidad a medida que cambian las intenciones de nuestro yo activo: no establecen verdades intemporales, como mantenían los positivistas. «Consideramos como materia, o como base, a aquello que escapa, más o menos por completo, a nuestra voluntad. Es la forma, más bien, lo que se corresponde con nuestra libertad». Los sistemas, las teorías desvinculadas de la acción, que pretenden trascender la experiencia, eso que se les da tan bien a los catedráticos e intelectuales, no son más que abstracciones en las que los hombres se refugian para evitar enfrentarse al caos de la realidad; con ellos se fabrican las utopías científicas (y políticas); las predicciones pseudocientíficas acerca de nuestro futuro que alimentan esas utopías no son sino formas modernas de la astrología. La aplicación de esos esquemas a los seres humanos puede acarrear daños terribles. Tomar nuestras propias construcciones e invenciones por leyes eternas o decretos divinos es uno de los espejismos más funestos del hombre: eso es lo que ocurrió

en la Revolución Francesa. Ya es bastante mala la confusión de ambas naturalezas, la real y la artificial. Pero es que además los *philosophes*, en general, no fueron siquiera verdaderos científicos, sino teóricos de la sociedad y la política que hablaban de la ciencia sin practicarla; la *Encyclopédie* no incrementó los conocimientos ni la capacidad técnica de nadie. La jerga ideológica, el periodismo optimista sobre los usos de la ciencia, no son ciencia. Por ahí sólo se desemboca en el positivismo y la burocracia, la *petite science*, y cuando la teoría se aplica implacablemente a los asuntos humanos, el resultado es un temible despotismo. Sorel habla casi el lenguaje de William Blake. El Árbol del Conocimiento ha matado al Árbol de la Vida. Robespierre y los jacobinos eran pedantes fanáticos que quisieron reducir la existencia humana a normas que creían basadas en verdades objetivas; las instituciones que crearon ahogaron la espontaneidad y la inventiva, esclavizaron y mutilaron la voluntad creadora del hombre.

Los hombres, cuya esencia, para Sorel, es la de ser entes activos, se ven perpetuamente amenazados por dos peligros igualmente funestos, un Escila y una Caribdis. El Escila es el cansancio, el desánimo, es cuando los hombres rehuyen el esfuerzo para darse a la buena vida, o se entregan al quietismo y caen víctimas de los manejos de hábiles maniobreros que destruyen todo honor, energía, integridad e independencia para sustituirlos por el imperio de la astucia y del fraude, la mano muerta de la burocracia, leyes que granujas sin escrúpulos pueden volver en su propio provecho, con la ayuda y la compli- cidad de un ejército de expertos: prostitutas y lacayos de

quienes detentan el poder, o histriones desocupados y parásitos serviles como Voltaire y Diderot, «los bufones inmorales de una aristocracia degenerada», burgueses que aspiran a remedar los gustos de una nobleza ociosa y dedicada a los placeres. La Caribdis es el despotismo de los teóricos fanáticos, «el delirio salvaje del optimista enloquecido por la resistencia imprevista a sus planes», que está dispuesto a destrozar el presente «por edificar la felicidad del futuro sobre sus despojos». Estas alterancias caracterizan al desdichado siglo XVIII.

¿Cómo rescatar a los hombres de este dilema? Ello sólo es posible mediante una fuerza moral, mediante el desarrollo de hombres nuevos, seres humanos plenamente formados que no se dejen obsesionar por el temor ni la codicia, hombres cuya imaginación y emociones no hayan aherrojado los doctrinarios ni podrido los intelectuales. La visión de Sorel se asemeja a las de Tolstoi y Nietzsche en su juventud: es una visión de vida plena, como la que vivían los griegos homéricos, libre de los efectos corrosivos del escepticismo civilizado y la interrogación crítica. No es la posesión de ideas comunes, de convicciones engendradas por el raciocinio, lo que crea vínculos verdaderamente humanos, sino la vida en común y el esfuerzo comunitario. La verdadera base de toda asociación es la familia, la tribu, la polis, en las que la cooperación es instintiva y espontánea, y no depende de normas, contratos o acuerdos inventados. Las asociaciones que tienen por objeto el lucro o la utilidad, que se fundamentan en un acuerdo artificial, como es el caso evidente de las instituciones políticas y económicas del sistema capitalista, ahogan el sentido de una humanidad

común y destruyen la dignidad humana al generar un espíritu de oportunismo competitivo. Atenas creó obras maestras inmortales hasta que Sócrates apareció en escena para urdir teorías y desempeñar un papel nefario en la desintegración de aquella comunidad unida, antaño heroica, sembrando la duda, socavando valores establecidos que brotaban de los instintos más profundos y vitales de los hombres.

Sorel había empezado a escribir así cuando era todavía un ingeniero municipal de Perpiñán; su amigo Daniel Halévy nos asegura que por entonces no había leído una sola línea de Nietzsche, a quien más tarde admiraría. Pero su acusación contra Sócrates es idéntica a la de Nietzsche. Ambos hombres toman el partido de sus acusadores: fueron él y sus discípulos, Platón, los archiintelectuales, quienes plantaron las semillas letales que conducirían a la glorificación de las abstracciones, de los esquemas utópicos, de las academias, de las filosofías contemplativas o críticas, y con ello al ocaso de la vitalidad y el genio griegos.

¿Es posible evitar la decadencia? ¿Dónde encontrar una salvación permanente? Hay otra doctrina antigua a la que los hombres han recurrido tradicionalmente en busca de confianza: la teleología. La historia, se pensaba, carecía de sentido, sería una mera secuencia causal o un caos de episodios inconexos, si no estuviera ordenada a un fin último. Pero esto era impensable: la razón rechaza la idea de una mera colocación de hechos «brutos»; debe haber un avance o desarrollo hacia la consecución de un objetivo o de un esquema; el pensamiento exige alguna garantía de que, pese a todos los contratiempos y

colapsos, habrá un final feliz. Cabe, pues, confiar en que la Providencia nos está conduciendo a ese objetivo por sus caminos inescrutables, o bien concebir la historia como autorrealización, paso a paso, del gran espíritu cósmico del cual todos los hombres y sus instituciones, y quizá toda la naturaleza, son la expresión cambiante y progresiva. O tal vez sea la propia razón humana la que ni puede ni ha de verse siempre frustrada, la que antes o después triunfará sobre todos los obstáculos, tanto los externos como los que ella misma engendra, para construir un mundo en donde los hombres lleguen a ser todo lo que consciente o inconscientemente aspiran a ser, en tanto que criaturas racionales. En sus formas metafísicas, místicas o seculares, esta amalgama de fe hebrea y metafísica aristotélica ha dominado las ideas de los tres últimos siglos y dado confianza a muchos que de otro modo se habrían desesperado.

Estas tradiciones intelectuales centrales en las que los hombres han depositado sus esperanzas, la doctrina griega de la salvación por el conocimiento y la doctrina cristiana de la historia como teodicea, las rechaza Sorel casi por completo. Durante toda su vida creería en dos absolutos, el de la ciencia y el de la moral. La ciencia, aunque, o quizá porque es un artificio humano, nos permite clasificar, predecir y controlar ciertos acontecimientos. Los conceptos y categorías que utiliza para formular sus interrogantes pueden variar junto con el cambio cultural, pero la objetividad y validez de las respuestas no varía. Pero es un arma, no una ontología ni un análisis de la realidad. La gran máquina de la ciencia no da respuesta a los problemas de la metafísica ni de la moral: reducir los problemas centrales

de la existencia humana a cuestiones de medios, esto es, de técnica, es no comprender su sustancia. Identificar el progreso técnico con el progreso cultural, o incluso ver en el primero una garantía del segundo, es pecar de ceguera moral. Sorel dedicó una colección de ensayos a demostrar lo absurdo de la idea de un progreso humano genérico, que brota de la confusión de la técnica con la vida, tan absurda como la pretensión, que los literatos de finales del siglo XVII fueron los primeros en manifestar, de su inevitable superioridad sobre los antiguos. En cuanto a las creencias teológicas o metafísicas en la perfectibilidad del ser humano, no pasan de ser ilusiones patéticas para refugio de los débiles.

Ni la ciencia ni la historia ofrecen consuelo: Turgot y Condorcet, como sus discípulos del siglo XIX, son unos pobres optimistas que se engañan al creer que la historia está de nuestra parte; así lo estará, pero sólo si la obligamos a ello, si libramos la guerra justa contra los opresores y los explotadores, los deprimentes niveladores que destruyen la vida, los amos y los esclavos, y protegemos lo sublime y lo heroico frente a los demócratas y plutócratas, pedantes y filisteos.

Sorel no vacila a la hora de distinguir lo sano de lo enfermo, ya sea en los individuos o en las sociedades. Los griegos homéricos vivían a la luz de unos valores sin los cuales ninguna sociedad puede ser creadora o poseer un sentido de la grandeza. Admiraban el valor, la fuerza, la justicia, la lealtad, el sacrificio y, por encima de todo, la lucha en sí; la libertad no era para ellos un ideal, sino una realidad, la sensación del esfuerzo provechoso. Después (y esto probablemente procede de Vico) llegó el